

El toque sanador: la curación de un leproso

Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

«Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: “Si quieres, puedes limpiarme”. Compadecido de él, extendió su mano, lo tocó y le dijo: “Quiero; queda limpio”. Y al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio. Lo despidió al instante, prohibiéndole severamente: “Mira, no digas nada a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y haz por tu purificación la ofrenda que prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio”. Pero él, así que se fue, se puso a pregonar con entusiasmo y a divulgar la noticia...» (Mc 1, 40-45).

Lepra: una situación sin salida

La lepra es para nosotros la enfermedad provocada por un microbio, el bacilo de Hansen. Actualmente, y mediante un buen tratamiento médico, la lepra puede curarse; sin embargo, no sucedía lo mismo en el mundo antiguo. Se trataba de una enfermedad contagiosa, por lo tanto, quien se contagiaba de la lepra era expulsado de la ciudad. Debía vivir con otros leprosos, lo que provocaba el contagio real de la lepra para todos aquellos que padecían otra enfermedad de la piel.

El enfermo no podía visitar a su familia o a las personas sanas, se le excluía del culto del templo (en Jerusalén) y de la sinagoga (en las demás aldeas). El leproso debía vivir fuera de los lugares habitados, pues, además de su contagio, su contacto era causa de impureza legal. Se consideraba la lepra, además, como un castigo divino, según la doctrina de la retribución: «Haz el bien y Dios te recompensará con salud, prosperidad y larga vida; haz el mal y Dios te castigará con enfermedades...» Considerar la lepra como un castigo divino acarrearía algunas consecuencias: si Dios los castigaba era porque habían cometido un pecado (ellos directamente o sus antepasados), y al padecer la lepra estaban excluidos de toda práctica de culto, así que no podían alcanzar el perdón; su vida era un sufrimiento sin salida y sin cambio posible.

Marginación que invoca solidaridad

La enfermedad era causa de marginación social y religiosa. Pero este hombre con fe no se resigna a su suerte y acude a Jesús, quien, tocándolo, no sólo no se hizo Él impuro, sino que lo curó. Al decir «quiero, queda limpio» produce, junto con la sanación externa, la liberación profunda de aquel hombre considerado por los demás como un maldito. Jesús, que había venido a salvar lo perdido, cura al leproso y lo restituye a la comunidad de salvación, al pueblo de la Alianza y las promesas, a la posibilidad de entrar a la sinagoga y al templo. Actuando así, Jesús se muestra superior a la ley mosaica. Ésta no podía más que aislar el mal, aunque de manera inhumana. Cristo, al contrario, vence al mal y regenera a la persona, restableciendo su dignidad e integrándola a la vida de la comunidad litúrgica y social.

Una vez curado el enfermo, Jesús le dice: «No se lo digas a nadie, pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote». Cristo no quiere publicidad del caso, sino rehabilitar al

marginado; por eso le manda presentarse ante quien, según la ley, competía declararlo limpio y readmitirlo oficialmente en la comunidad.

El amor no margina a nadie

El texto evangélico dice que, antes de realizar la curación, Cristo se compadeció de aquel hombre. En su actitud vemos un reflejo del misterio de su Encarnación, de su hacerse en todo igual a nosotros, probando en su carne y en su espíritu el sufrimiento, y probándolo en su corazón por el dolor ajeno. Las curaciones son manifestación del amor de Jesús, de su ternura y compasión y, al mismo tiempo, de la llegada del Reino, es decir, del amor de Dios Padre hacia el hombre, un amor que no margina, sino que sale al encuentro de los demás, que «toca» las desgracias. Gracias a Dios no faltan personas, ya sean profesionales o voluntarios, que en el mundo de la salud emplean sus recursos para ayudar a los demás, como hizo Cristo: apuestan su vida, vencen dentro de sí las tendencias al egoísmo, tienen una sensibilidad en la detección de las necesidades y sufrimientos ajenos. A través de estos cristianos y en medio de nosotros, Cristo sigue haciendo presente el amor con que Dios ama al hombre.